

Estudios Sociales
Año XXVII, Número 97
Julio-Septiembre 1994

¿CANSADOS DE SER JOVENES?

La campaña electoral de este año logró incorporar la juventud tanto para el ejercicio del voto como para la militancia activa en la campaña, a pesar del reflujo que en los últimos años había tenido la actividad política entre los jóvenes. Pasadas las elecciones podemos preguntarnos: ¿qué les habrá dejado esta participación a los jóvenes? ¿En qué tipo de "política" los hemos socializado?

Nuestra juventud ha vivido con gran intensidad los cambios operados en los últimos años. La agresiva entrada del país en el espacio socio-cultural de la modernidad ha sido asimilada sobre todo por los jóvenes. El encanto de la modernidad los cautivó por su sensibilidad al impacto de la educación formal, los medios de comunicación social, los turistas y migrantes y los mecanismos de inducción al consumo a través de la publicidad.

Sin embargo, casi simultáneamente han entrado los aires del des-encanto posmoderno. Los esfuerzos por lograr una formación universitaria se frustraron por el limitado mercado y los bajos salarios ofrecidos a sus conocimientos profesionales. El efecto demostración de los modelos presentados como triunfadores los convenció de que la única salida hacia el progreso era la migración. Nuestra débil institucionalidad los incorporó a la cultura de la ilegalidad.

Las elecciones pasadas han sido el último golpe para despertar del encantamiento moderno: la democracia frustrada.

Sentimos que muchos de nuestros jóvenes han envejecido prematuramente. Se han cansado de ser jóvenes, de soñar, de tener ideales capaces de hacerles cruzar la frontera del individualismo adolescente hacia el nosotros adulto capaz de sentido de pertenencia a la familia, el grupo, la nación.

El desencanto rayano en el cinismo, tentación de adultos frustrados, ha teñido el estilo de muchos jóvenes. La falta de valores altruistas, de proyectos más allá de su limitado cuerpo y presente, los inducen hacia el vacío ético con aires de posmodernidad periférica.

El país ha acumulado demasiadas frustraciones democráticas en poco tiempo. Las expectativas de novedad abiertas por las elecciones del 78, muy pronto se resquebrajaron hasta explotar en el 84 y retroceder en el 86. Las nuevas esperanzas suscitadas por la campaña del 90 se desmoronaron hasta llevarse consigo la alternativa expresada en el PLD. El esfuerzo de recomposición en el 94 cayó en la campaña y las elecciones más evidentemente sucias de nuestra historia reciente.

Las mediaciones de la modernidad: la racionalidad de la ley, la institucionalidad, el uso de la tecnología, perdieron su credibilidad como constructores automáticos de una sociedad mejor. Fueron utilizadas como piezas nuevas para recomponer nuestro desgastado aparato político. Como resultado de la campaña emergieron como nuevas las viejas propuestas de ética política: el oportunismo, la concepción excluyente del poder, el ultranacionalismo y el antihaitianismo.

Los mismos partidos políticos y muchas de las instituciones de la sociedad dieron el ejemplo. Renunciaron a los principios democráticos y los valores de honestidad y coherencia para alcanzar intereses particulares en la lógica del "a como sea". La actitud de muchos profesionales y medios de comunicación convencieron a muchos jóvenes que el oportunismo es el más expedito camino hacia el éxito. Más que al fin de la historia parece que asistimos al fin de las utopías. Cada vez más se desconfía de las utopías para fiarnos de nuestros intereses particulares inmediatos. Queremos cien pájaros en mano más que un pájaro volando libre.

¿CANSADOS DE SER JOVENES?

La concepción excluyente del poder descubrió la falta de voluntad política para llevar adelante reformas que fueran más allá de los intereses inmediatos del propio grupo. Muy pronto se olvidaron las concertaciones para una mayor descentralización y participación ciudadana para recomenzar las luchas por las cuotas de poder en las instituciones estatales.

No tembló el pulso para izar la bandera nacional en defensa de intereses particulares de un ultranacionalismo sin nación, que más que en una propuesta de proyecto nacional se basa en la exclusión y el rechazo y en la afirmación del derecho de quienes se apoderan, no importa por qué caminos, de las riendas de un país despojado de meta e identidad. Se prefirió apostar contra la historia en el caso de Haití en la coyuntura electoral, para terminar mendigando o forzando privilegios para las conveniencias económicas. Se jugó de nuevo al antihaitianismo como recurso electorero.

Los partidos se niegan a ceder su hegemonía para que se afirme la sociedad civil. Las decisiones se siguen tomando en las cúpulas, en reuniones de notables a puertas cerradas. Las personas prevalecen sobre las instituciones. Se insiste más en quiénes formarán la nueva Junta Central Electoral que en cómo se eligen y cuáles son sus reglas de juego. El discurso sobre la reforma constitucional se limita a los intereses partidarios y de nuevo se excluye a la ciudadanía como si fuéramos meros espectadores y recipientes del juego de las cúpulas de poder.

Nuestra débil sociedad civil, dividida, hiperpolitizada y sumida en la impotencia no ha logrado fortalecerse en la crisis. Continúa marcada por la atomización y la lucha por la sobrevivencia, sin ningún reconocimiento oficial.

Este fortalecimiento del poder como exclusión genera violencia y división entre las fuerzas sociales del país. La meta de los sujetos sociales se vuelve la acumulación del poder y el debilitamiento de los otros sujetos. Las mayorías son reducidas a contemplar, impotentes, esta lucha externa a ellas. Las minorías luchan por su sobrevivencia con estrategias de resistencia que las aíslan en su debilidad. Es la lógica de la exclusión.

La legalización de una elección ilegítima en la que las dimensiones del fraude hicieron imposible hasta una anulación, ha confirmado la creciente "cultura de la ilegalidad". Vivimos en un país fuera de la ley porque las leyes no están pensadas para organizar nuestra convivencia social. Más que un Estado de derecho, vivimos un Estado de conveniencia. La mayoría de los moradores urbanos viven ilegalmente en terrenos ajenos, trabajan ilegalmente en microempresas fuera de la ley, las grandes empresas funcionan gracias al macuteo, la mayoría de los conductores no respetan las leyes del tráfico y muchas veces ni siquiera tienen licencia de conducir, la corrupción administrativa permea todas nuestras instituciones estatales de arriba a abajo, la impunidad del más fuerte se impone sobre toda racionalidad, las instituciones encargadas de velar por el cumplimiento de las leyes son las primeras en desacatarlas y la mayoría soñamos nuestro futuro ligado a la emigración ilegal o la actividad económica ilegal, sea contrabando de combustibles por Haití, prostitución o narcotráfico.

Nuestros jóvenes van incorporándose a esta sociedad y aprendiendo sus reglas de juego, sus valores y sus caminos. Descubren lo que funciona y lo que no. Y reciben las ofertas de éxito rápido y seguro, de reconocimiento y disfrute de la vida. Y reciben también la amenaza de una sociedad cerrada, con pocas oportunidades, donde hay que abrirse paso a codazos y empujones.

¿Qué alternativa tenemos para ofrecer a nuestros jóvenes?
¿Con qué futuro soñamos? ¿O nos hemos conformado a convivir con nuestras pesadillas?

Lo primero necesitamos desarrollar una ética de la participación. Partiendo no de la afirmación del individuo sino de la persona como ser social. Tenemos que descubrir la madurez de la persona no en la afirmación del yo, sino del nosotros. Crear nuestra identidad desde los vínculos que nos ligan a otros. Descubrirnos ciudadanos compartiendo con otros la ciudad global a la que accedemos a través de los sujetos sociales de que formamos parte y que nos abren a la dimensión de la solidaridad con otros. Desde esta dimensión tenemos que redefinir el poder social como una construcción colectiva que sea

afirmación de nuestras identidades y expresión de nuestra solidaridad con los demás sujetos. La vida humana es algo más que un mercado donde competimos por bienes y servicios limitados.

En segundo lugar necesitamos un compromiso real por la defensa de los derechos humanos. En medio de un mundo obstinado en la globalización, donde la identidad personal tiende a instrumentalizarse, en el que surgen nuevos sujetos sociales, entre los cuales se cuentan los jóvenes, como forma de afirmación de las identidades colectivas intermedias, en el que la libertad no tiene más límite ni sentido que las limitaciones de poder del sujeto que la ejerce, la afirmación de los derechos se convierte en la manera de retomar la dimensión humana de la historia.

La cultura de la violencia y la ilegalidad que ha crecido en nuestro medio en los últimos años ha subordinado los derechos a la conveniencia de quienes detentan el poder. Los jóvenes han sido socializados en esa cultura que no reconoce los derechos a quienes no tienen la fuerza para demandarlos. Donde las voces de quienes los reclaman son compradas o calladas definitivamente, como la de Narciso González. Donde sus propios derechos son violados por las redadas indiscriminadas y los desacatos a órdenes judiciales de libertad.

El camino para la construcción de un Estado de derecho y de una democracia en la que haya igualdad es el compromiso por el respeto a los derechos humanos.

En tercer lugar tenemos que construir y fortalecer los nuevos sujetos sociales. Ellos son la expresión de la sociedad civil a la que supuestamente sirve el Estado y que se constituye en la única confrontación válida a éste. Sólo cuando ella represente todos los sujetos sociales que la conforman tendremos una verdadera democracia. Nuestra tarea es fortalecer esa multiplicidad de sujetos sociales que emergen en nuestro medio y ponerlos a dialogar desde el reconocimiento mutuo y la igualdad de oportunidades.

Este número de **Estudios Sociales** ha querido prestar atención a los jóvenes para cuestionarnos sobre la sociedad que les estamos

legando. El artículo de Rubén Silié nos plantea el drama de la fuerza de trabajo joven en nuestras ciudades. Mario Serrano y Luis Manuel Ramírez nos asoman al mundo de las actitudes y valores de los jóvenes mostrando cómo es posible rescatar dimensiones que nuestra sociedad tiende a sepultar a partir de una acción educativa.

El artículo de José Luis Alemán nos plantea el impacto que la apertura externa de nuestra economía tiene sobre el empleo. Tahira Vargas nos ofrece el resultado de una investigación sobre las organizaciones de base de la capital, expresiones de estos nuevos sujetos sociales, con todo lo que representan de esperanza a pesar de su debilidad, sobre todo las organizaciones juveniles, que en otros tiempos fueron el eje central del movimiento popular.